

ARMONIZACION VALORES EN LA ESCUELA

1.- Importancia del planteamiento

Vivimos en un mundo global, intercomunicado, con grandes flujos migratorios y turísticos, sometido a dos procesos contradictorios de homogeneización técnica, científica y cultural, por un lado, y de búsqueda de identidad nacional, cultural o religiosa, por otro.

Estas posturas contradictorias se manifiestan en el mundo social y político, pero llegan incluso a introducirse en el campo de la psicología. La psicología cultural defiende, con una clara exageración, que no hay una “psicología humana en general”, sino que cada cultura troquele de forma diferente las funciones mentales. Esta trascendentalización de la cultura – que Gustavo Bueno ha estudiado en *El mito de la cultura*- es peligrosa porque impediría toda posibilidad de entendimiento. Si defendemos cada cultura como un modo único, intransferible, privilegiado, de contacto con la realidad, resulta difícil explicar o desear o incluso tolerar la comunicación entre culturas. Los nacionalismos culturales extremos se convierten por ello en una amenaza.

En esta conferencia sólo voy a ocuparme de la posibilidad de armonizar valores europeos y asiáticos en la educación.

Planteado así el tema, tenemos que comenzar respondiendo a dos preguntas:

- 1.- A qué tipo de valores nos referimos.
- 2.- Qué entendemos por valores asiáticos.

2.- ¿A que tipo de valores nos referimos?

Las culturas son formas de resolver las grandes necesidades y las grandes expectativas de los grupos sociales. En ellas hay que incluir a economía, el trabajo, la organización política, la familia, la educación de las nuevas generaciones. Inventan lenguajes, artes, técnicas, religiones, morales, modos afectivos de entender la realidad. Es lo que en la filosofía de la cultura, desde Dilthey, se denominaba *Weltanschauung*, concepción del mundo. “La

vida –escribió- se crea en torno a cada individuo su propio mundo”. “No son productos del pensamiento. No nacen de la pura voluntad de conocer, La captación de la realidad constituye un factor importante en su formación, pero no es más que uno. Surge de las actitudes vitales, de la experiencia de la vida, de la estructura de nuestra totalidad psíquica”,

Al estudiar los sentimientos, comprobé que cada cultura tiene un modo afectivo de insertarse en la realidad, y que esas sensibilidades diferentes se relacionan con valores estéticos, éticos o religiosos, y determinan la índole de las relaciones sociales, la concepción del trabajo o la organización de la sociedad. Pondre un ejemplo. Cada sociedad diseña un modelo de persona, una mezcla de roles sociales y de conjunto de virtudes. Por ejemplo, la cultura tradicional japonesa se basaba en un sentido muy fuerte de solidaridad. Takeo Murae comenta: "Al contrario que en Occidente, no se anima a los niños japoneses a enfatizar la independencia y la autonomía individuales. Son educados en una cultura de la interdependencia: la cultura del *amae*: el ego occidental es individualista y fomenta una personalidad autónoma, dominante, dura, competitiva y agresiva. Por el contrario, la cultura japonesa está orientada a las relaciones sociales, y la personalidad tipo es dependiente, humilde, flexible, pasiva, obediente y no agresiva. Las relaciones favorecidas por el ego occidental son contractuales, las favorecidas por la cultura *amae* son incondicionales". Según Takeo Doi, la palabra *amae* designa una emoción específicamente japonesa. Mas aun, es "la esencia de la psicología japonesa y la clave para comprender la estructura de su personalidad". *Amae* es un sustantivo derivado de *amaeru*, un verbo intransitivo que significa "dependen y contar con la benevolencia de otro, sentir desamparo y deseo de ser amado". El diccionario *Daigenkai* lo define como "apoyarse en el amor de otra persona o depender del afecto de otro". Es obvio que el prototipo de este sentimiento es la relación del niño con su madre. No la de un recién nacido que vive aun en un limbo vacío de distinciones, sino la de un niño que ya sabe que su madre existe con independencia de él. Sentirse distinto y necesitar de ella produce un cálido anhelo de acercamiento: *amae*.

Desde el punto de vista de la educación, el conocimiento de los valores de otras culturas debe servir para varias cosas:

- 1.- Para favorecer el entendimiento y la colaboración

2.- Para ampliar nuestras posibilidades vitales

3.- Para permitirnos la elaboración de una ética universal que sepa conjugar el acuerdo en principios básicos con el derecho a la diferencia.

Este es el asunto más urgente y que me interesa más. La universalidad estética se consiguió en el siglo pasado. La influencia del arte africano y oriental, y la apreciación de todas las manifestaciones artísticas es un hecho. En cambio no ha sucedido así en el campo de las religiones y las morales, y esta dificultad se ha convertido en un peligro. El éxito del libro de Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones*, (Paidós, 1997), demostró la preocupación universal por este asunto. Su tesis era : "la cultura y las identidades culturales, que en su nivel mas amplio son identidades civilizacionales, están configurando las pautas de conexión, desintegración y conflicto en el mundo de la posguerra fria. .El mundo es ciertamente anárquico y está plagado de conflictos tribales y de nacionalidad, pero los que plantean mayores peligros son los que surgen entre estados o grupos procedentes de civilizaciones diferentes (p.39). Menciona la confrontación que se dio en la Conferencia sobre los Derechos Humanos de Viena en 1993 entre Occidente, que condenaba el relativismo cultural, y una coalición de estados islámicos y los confucianos que rechazaban el universalismo occidental (p. 41).

EN el discurso de apertura de esa Conferencia, el Secretario General de la ONU, advirtió que los derechos humanos nos enfrentaban al conflicto entre identidad y diferencia. "Los derechos humanos solo serán una salvaguarda si trascendemos a nosotros mismos, sólo si hacemos un esfuerzo consciente para encontrar nuestra común esencia mas allá de nuestras aparentes divisiones, nuestras temporales diferencias y nuestras barreras culturales o ideológicas". "No son el mínimo común denominador entre las naciones, sino lo que prefiero llamar el "elemento humano irreductible", en otras palabras; los valores esenciales a través de los cuales podemos afirmar juntos que somos una única comunidad humana".

La identidad cultural puede convertirse en un problema, como ha señalado Amin Maalouf al hablar de "identidades asesinas". Cada civilización se considera el centro del mundo y escribe su historia como el drama central de la historia humana. En un mundo globalizado es pertinente preguntarse si se está construyendo una civilización universal. Huntington lo niega:

"Modernización no significa necesariamente occidentalización. Las sociedades no occidentales se pueden modernizar y se han modernizado de hecho sin abandonar sus propias culturas y sin adoptar indiscriminadamente valores, instituciones y prácticas occidentales" (p. 91). Los asiáticos del este atribuyen su espectacular desarrollo económico, no a la importación de la cultura occidental, sino más bien a la adhesión a su propia cultura. Están teniendo éxito, afirman, porque son diferentes de Occidente. Cuando las sociedades no occidentales se sentían débiles con respecto a Occidente, apelaban a los valores occidentales de autodeterminación, liberalismo, democracia e independencia para justificar su oposición a la dominación occidental. Ahora que ya no son débiles, sino cada vez más poderosas, no dudan en atacar esos mismos valores que anteriormente utilizaban para promover sus intereses. Inicialmente, la rebelión contra Occidente se legitimaba afirmando la universalidad de los valores occidentales; ahora se legitima afirmando la superioridad de los valores no occidentales".

Este era el diagnóstico de Huntington, que tuvo una enorme repercusión mediática, en especial por su catastrofismo, pero que pone en claro la necesidad de trabajar tenazmente para elaborar una ética universal que sirva de marco de entendimiento y de resolución de problemas a escala universal. Para lograrlo, lo primero que hay que saber es que valores de la cultura occidental y de las culturas asiáticas pueden –o deben- convertirse en universales.

3.- ¿Qué entendemos por valores asiáticos?

Roza la estupidez decir que Asia es muy grande, pero conviene recordarlo porque el concepto "oriental" está lleno de equívocos. Basta pensar que las naciones islámicas más pobladas están en Asia, y que, sin embargo, no solemos relacionar el islamismo con los valores asiáticos. Edward W.Said, en su libro *Orientalismo*, estudió los componentes de esta idea. Uno de ellos, por ejemplo, es que "la relación entre Occidente y oriente es una relación de poder, y de complicada dominación. Occidente ha ejercido diferentes grados de hegemonía sobre Oriente" (p.25). Añade: "Yo estudio el orientalismo como un intercambio dinámico entre los autores individuales y las grandes iniciativas

políticas que generaron los tres grandes imperios –británico, francés y estadounidense” (p. 37). Es evidente que desde este punto de vista, hablar de valores orientales o asiáticos resulta falseado por la posición inicial.

El primer esfuerzo es, pues, intentar comprender esas culturas desde dentro. Luis Racionero en su libro *Oriente y Occidente* indica que hay tres ideas básicas en la filosofía oriental_

- 1.- La realidad es cambio
- 2.- El universo es unidad armoniosa donde todo se corresponde
- 3.- El hombre es capaz de transformarse mediante el yoga.

Occidente sería el territorio de la exterioridad. Oriente, el de la interioridad. Podríamos decir que Occidente quiere triunfar, Oriente quiere alcanzar la serenidad.

Todo esto es verdad, pero creo que donde las diferencias entre occidente y oriente se muestran más graves es en su modo de entender al ser humano, y sus relaciones con la sociedad. El debate se da entre un individualismo occidental y un comunitarismo oriental. En la Conferencia de Viena, a la que me he referido antes, los países se dividieron siguiendo criterios de civilización estaban: la universalidad y el relativismo culturales con respecto a los derechos humanos; la relativa prioridad de los derechos económicos y sociales (incluido el derecho al desarrollo) frente a los derechos políticos y civiles; la creación en la ONU de un comisario para los derechos humanos, los derechos particulares que debería ratificar la conferencia. una declaración de valores occidentales daría mucho más peso a los derechos del individuo en comparación con los de la colectividad, a la libertad de expresión y a la verdad que surge de la pugna de ideas, a la participación y competencia políticas y al imperio de la ley en contraste con el imperio de gobernantes expertos, sabios y responsables. Pero aun así, pocos occidentales rechazarían los valores orientales como indignos. También las religiones tienen valores comunes, y buscarlos será la mejor solución para crear una civilización universal. Los esfuerzos simultáneos de Occidente por universalizar sus valores e instituciones, mantener su superioridad militar y económica e intervenir en conflictos en el mundo musulmán generan un profundo resentimiento entre los musulmanes" (252). Para los musulmanes el laicismo, la irreligiosidad, y, por tanto, la inmoralidad occidentales son males peores que el cristianismo. El

individualismo serio de la cultura occidental, es la fuente de toda aflicción. "El punto fundamental es que nuestras sociedades están basadas en valores distintos que las de Occidente" (255). Fuller escribe: "Una alianza confuciano-islámica se podría materializar, no porque Mahoma y Confucio sean antioccidentales, sino porque esas culturas ofrecen un vehículo para la expresión de agravios de los que en parte se culpa a Occidente" (286).

5.- El caso de Singapur

Los valores occidentales son la libertad individual, la democracia política, el imperio de la ley, los derechos humanos y la libertad cultural y religiosa. La idea central es la individualidad. El concepto de persona y de sus derechos es central. Eso nos ha llevado por la vía de la "individualización", como señala Ulrich Beck, que de alguna manera rompe los vínculos sociales en los que descansa la moral, que es un fenómeno social. La búsqueda de la felicidad privada como gran derecho rompe los lazos de la solidaridad. Esta es la gran acusación de las culturas orientales. Esta oposición al concepto de yo fuerte occidental se manifestaba ya en los textos sobre la cultura japonesa que cité antes. Y se da también en el budismo. No olvidemos que la moral budista prescinde del yo. El origen del sufrimiento humano sería, precisamente, la tendencia a construir un yo donde no hay ninguno y aferrarse a él. "Constantemente pensamos, sentimos y actuamos como si tuviéramos un yo que proteger y preservar. La menor intrusión en el territorio del yo (la astilla en el dedo, el vecino bullicioso) despierta temor y furia. La menor esperanza de exaltación del yo (ganancia, elogio, fama, placer) despierta codicia y afán. Todo indicio de que una situación es irrelevante para el yo (aguardar un autobús, meditar) provoca aburrimiento. (F.J. Varela: *De cuerpo presente* p.86).

Europa, como ha dicho Schlesinger, es -la fuente única- de las ideas de libertad individual, democracia política, del imperio de la ley, los derechos humanos y la libertad cultural. Estas son ideas europeas, no asiáticas, ni africanas, ni de Oriente próximo u Oriente medio salvo por adopción. "Ellas convierten en única a la civilización occidental, que es valiosa no por universal sino por única. La principal responsabilidad de los líderes de Occidente no es

remodelar a otras sociedades a imagen suya, sino preservar, proteger y renovar las cualidades únicas de la civilización occidental". ¿Conduce esto inevitablemente al relativismo moral y cultural? "Las culturas son relativas, la moralidad es absoluta, con tal de que se conviertan en moralidad mínima, que incorpora características reiteradas de las moralidades densas o maximalistas particulares. La sociedad humana es universal porque es humana, particular porque es una sociedad (Walzer) En un mundo de múltiples civilizaciones, la vía constructiva es renunciar al universalismo, aceptar la diversidad y buscar atributos comunes.

Un esfuerzo oportuno por identificar tales atributos comunes en un lugar muy pequeño tuvo lugar en Singapur a principios de los años 90. La población de Singapur se compone aproximadamente por un 76% de chinos, un 15% de malayos y musulmanes y un 6% de sikhs e hinduistas indios. En el pasado, el gobierno ha intentado promover "valores confucianos" entre su pueblo, pero también ha insistido en que todos sean educados en inglés y hablen esta lengua con soltura. En enero de 1989, el presidente Wee Kim Wee, en su alocución de apertura del Parlamento señalaba la importante medida en que los 2,7 millones de habitantes de Singapur habían experimentado influencias culturales foráneas llegadas de Occidente que les habían "puesto en íntimo contacto con nuevas ideas y tecnologías del exterior", pero que les habían "expuesto también" "a valores y estilos de vida extraños". "Las ideas asiáticas tradicionales de moralidad, deber y sociedad que nos han sostenido en el pasado", advertía, "están dando paso a una visión de la vida más occidentalizada, individualizada y centrada en el yo. "Es necesario afirmar, identificar los valores fundamentales que las diferentes colectividades étnicas y religiosas de Singapur tenían en común y "que captan la esencia de lo que es ser de Singapur".

El presidente Wee señalaba cuatro de esos valores: "situar la sociedad por encima del yo, defender la familia como piedra angular fundamental de la sociedad, resolver los problemas importantes mediante el consenso y no la contienda, y subrayar la tolerancia y la armonía racial y religiosa". Su discurso generó una amplia discusión sobre los valores de los habitantes de Singapur y, dos años después, un Libro Blanco que exponía la postura del gobierno. El Libro Blanco suscribía los cuatro valores indicados por el presidente, pero

añadía un quinto en apoyo del individuo, en buena medida debido a la necesidad de subrayar la prioridad del mérito individual en la sociedad de Singapur, en contraste con los valores confucianos de jerarquía y familia, que podían llevar al nepotismo. El Libro Blanco definía así los "valores comunes" de los habitantes de Singapur:

- 1.- La nación antes que la colectividad (étnica) y la sociedad por encima del yo.
- 2.- La familia como la célula básica de la sociedad.
- 3.- Atención y apoyo de la colectividad al individuo.
- 4.- Consenso en lugar de contienda.
- 5.- Armonía racial y religiosa.

Aunque mencionaba la adhesión de Singapur a la democracia parlamentaria y a la perfección en el gobierno, la declaración de *valores comunes* excluía explícitamente de su esfera los valores políticos. El gobierno subrayaba que Singapur era "en aspectos fundamentales una sociedad asiática" y debía seguir siéndolo. "Los habitantes de Singapur no son estadounidenses ni anglosajones, aunque puedan hablar inglés y vestir ropa occidental. Si a la larga los ciudadanos de Singapur no se pudieran distinguir de los estadounidenses, británicos o australianos, o, peor aun, se convirtieran en una mala imitación de ellos (esto es, en un país desgarado), perderíamos nuestra ventaja sobre estas sociedades occidentales, que nos permite mantener lo nuestro en el plano internacional".

7.- La eficacia exterior versus la eficacia interior

El sujeto occidental quiere dominar el mundo. El oriental quiere dominarse a sí mismo. El afán de dominio ha permitido desarrollar la ciencia y la técnica, pero rompiendo, a los ojos de la filosofía oriental, la unidad con la naturaleza. Suzuki, el filósofo que más ha hecho para dar a conocer la filosofía zen en Occidente, escribe:

"Las ciencias son uniformemente centrífugas, extravertidas y contemplan "objetivamente" la cosa que toman para el estudio. La posición que asumen es mantener la cosa lejos de ella y nunca tratan de identificarse con el objeto de su estudio. Aun cuando miran hacia dentro para autoinspeccionarse,

cuidan de proyectar hacia fuera lo que está adentro, convirtiéndose en extraños a ellos mismos como si lo que está dentro no les perteneciera. Por eso el científico no puede nunca esperar alcanzar el Yo”.

También se rompe la armonía con la naturaleza y con uno mismo. La noción de armonía es más oriental que occidental, por eso, el valor más cercano de nuestra cultura, que era la templanza, el atemperamiento, casi ha desaparecido. Nuestra cultura ha valorado la desmesura. La noción de genio es, precisamente, cercana a la locura, a lo inarmónico. Valoramos la transgresión y nos parece que afirmarnos es lo más importante. Surge así una sociedad violenta y frecuentemente crispada. *Altius, fortius, citius*, más alto, más fuerte, más lejos, es el lema olímpico, que podía servir de lema a toda nuestra cultura, de la competición y el triunfo. Esta actitud agresiva se da incluso en la poesía, como señaló Suzuki, al comparar un poema del gran poeta japonés Basho (1644-94), con otro de Tennyson. Ambos describen la emoción del autor al contemplar una hierbecita minúscula (en japonés nazuna):

El poema de Basho dice:

Cuando miro con cuidado
¡Veo florecer la nazuna
junto al seto!

El poeta contempla admirado esa luminosidad de lo mínimo, esa “epifanía” de lo cotidiano, de la que hablaba Joyce. El poema de Tennyson va en otra dirección:

Flor en el muro agrietado.
Te arranco de las grietas.
Te tomo, toda entera con tus raíces, en mis manos,
Florece. Pero si pudiera entender
Lo que eres, toda entera con tus raíces, todo
En todo,
Sabría qué es Dios y qué es el hombre.

Al comparar los poemas, la actitud analítica, inquisitiva, de Tennyson nos parece un poco brutal. Tal vez verá a Dios, pero antes a arrancado la florecilla. Basho pensaría, posiblemente, que es mirándola con “cuidado”, respetándola, como vería a Dios.

Cada uno de ellos, cuenta Suzuki, expresa su trasfondo tradicional. Según esto, la mentalidad occidental es: analítica, selectiva, científica, generalizadora, conceptual, impositiva, esquemática, legalista, organizadora, auto-afirmativa, dispuesta a imponer su voluntad a los demás. Frente a estos rasgos occidentales, los de Oriente pueden caracterizarse así: sintética, totalizadora, integradora, no selectiva, deductiva, no sistemática, dogmática, intuitiva (más bien, afectiva), no discursiva, subjetiva, espiritualmente individualista y socialmente dirigida al grupo". (Suzuki, D.T. y Fromm, E.: *Budismo zen y psicoanálisis*, FCE, México, 1985, p. 13)

Esto plantea sin duda problemas a Oriente y a Occidente. El oriente tradicional parece despreciar la eficacia. Un cuento del gran filósofo chino Chuang-tzé ilustra espléndidamente su idea del trabajo:

"un campesino cavó un pozo y utilizaba el agua para regar su campo. Empleaba un cubo ordinario para sacar agua del pozo, como lo hace toda la gente primitiva. Un paseante, al verlo, preguntó al campesino por qué no utilizaba una palanca para ese fin: "Es un instrumento que ahorra esfuerzo y puede realizar mayor trabajo que el método antiguo". El agricultor dijo: "Sé que ahorra trabajo y es precisamente por esta razón por la que no utilizo ese instrumento. Lo que temo es que el uso de ese instrumento me haga pensar sólo en la máquina. La preocupación por las máquinas crea en uno el hábito de la indolencia y el trabajo". Suzuki explica el tradicional retraso chino. Inventaron muchas de las cosas que utilizamos todos, pero pareció que no las daban importancia: "la razón principal es que los chinos y otros pueblos asiáticos, aman la vida tal como se vive y no quieren convertirla en un medio de lograr alguna otra cosa, lo que desviaría el curso de la vida por un canal muy diferente. Les gusta el trabajo por el trabajo mismo aunque, objetivamente hablando, el trabajo significa realizar algo. Pero al trabajar gozan de su trabajo y no tienen prisa por terminarlo".

Todo esto ha cambiado, sin ninguna duda, pero los empresarios occidentales que trasladan sus empresas a países orientales saben que tienen que acomodarse a valores distintos a los nuestros.

6.- La serenidad y la excitación

La cultura occidental valora la excitación. Necesita estar permanentemente alterada, porque si no se abre ante ella el hondón del tedio, que es algo así como la manifestación de la nada. Esa excitación continúa constituye la esencia de la sociedad de consumo. Necesitamos la novedad permanente, el cambio, la estimulación continúa. Buscamos afanosamente la diversión, la tensión, la excitación. El consumo es el modo más fácil de conseguirlo: consumo de productos, televisivos, de emociones. La gran industria actual es la de la estimulación del deseo y de la consumación del deseo. Esta estimulación continúa provoca excesos peligrosos y un sentimiento profundo de insatisfacción y ansiedad, porque, en efecto, la capacidad de suscitar deseos es más grande que la capacidad de satisfacerlos.

La cultura tradicional de Oriente valora en cambio la serenidad. Es reposada, como he señalado antes. De ahí, por ejemplo, el papel que la “atención” y su dominio tiene en toda la cultura oriental. Mientras que en Occidente hemos primado la educación de los procesos, de la actividad, oriente a enfatizado la intensidad de la atención, la concentración. Lo que pretende hacer el yoga, por ejemplo, es detener la corriente interminable de la conciencia, paralizar el flujo de ocurrencias.

El hinduismo pretende con essta concentración la liberación del sujeto y su contacto con el absoluto. El zen propone una atención más compatible con nuestra cultura. El zen declara que el tao es “la conciencia de todos los días”. Es el estar pendiente de lo que se hace. La valoración del instante, de la actividad, del camino y no sólo de la llegada. Los maestros de las flores, por ejemplo, se escandalizan cuando saben que los occidentales compramos rosas por docenas. ¡Qué afán de ostentación!, dicen. Una rosa, es lo verdaderamente bello.

Para mostrar esta “conciencia de todos los días”, leeré un poema japonés:

Para darte las gracias por haberme dado a conocer esa poesía de Tsu Kia Liang, te envío unas pocas hojas de té. Proceden del árbol que posee el monasterio situado en la montaña U-I.

Es el té más ilustre del Imperio, de la misma manera que tú eres su más ilustra hombre de letras.

Procúrate una vasija azul de Ni-Hing. Llénala de agua de nieve recogida, a la aurora, en la vertiente oriental de la montaña SU-cham. Coloca esa vasija sobre un fuego de briznas de arce recogidas sobre musgo muy viejo, y déjala allá hasta que el agua empiece a sonreír. Arrójala entonces a una taza de Huen-tcha donde habrás puesto mis pocas hojas de ese té. Coloca sobre la taza un pedazo de seda blanca tejida en Huachan, y espera que se esparza un perfume comparable al de un jardín de Fun-lo.

Lleva la taza a tus labios, y luego cierra los ojos. Te hallarás en el paraíso:

Desde la cultura de las fast food y del te en bolsitas todo esto nos parece exagerado hasta la ridiculez. Sin duda, lo es si no entendemos la concepción del mundo que está por debajo, los valores que dirigen estos comportamientos.

8.- Los valores compartidos

Necesitamos armonizar valores fundamentales. Mo-Ti, filosofo chino del siglo V a.C. veía ya la necesidad y el problema

: “Donde los modos de juzgar difieren habrá conflicto:

¿Cómo unificar los valores del mundo?”.

La gran sabiduría consiste en aprovechar lo bueno, sea cual sea suprocedencia. Occidente ha defendido la autonomía individual, los derechos personales, porque sabe hasta qué punto es peligroso someterse a derechos suprapersonales, colectivos o grupales. Pero, al hacerlo, hemos perdido las raíces de la sociabilidad. Por ello, uno de los valores urgentes que tenemos que recuperar dentro de la educación es el

Sentimiento de la solidaridad

Debemos fomentar en nuestros alumnos la conciencia de que somos personas sociales, que para desarrollarnos como personas tenemos que contar con la ayuda de los demás. A mis alumnos les cuento la historia de un niño de Malawi que vino a España a pasar unas vacaciones. Para él fue una

experiencia milagrosa la de abrir un grifo a cualquier hora y que saliera agua. Nosotros ya no lo valoramos. Olvidamos hasta qué punto es antinatural esa facilidad, la cantidad de gentes que están trabajando para que yo tenga agua. Vivimos en una red de ayudas y reciprocidades de la que debemos ser conscientes. Lo mismo ocurre con los derechos: su realización requiere un esfuerzo común, una participación de todos. La solución está en defender y educar una

Autonomía vinculada

Un

Libertad vinculada

En segundo lugar, nuestra cultura del consumo, de la prisa, de la excitación, debería aprender la educación para el placer oriental. Es la diferencia que hay entre beber apresuradamente para colocarse, o degustar cuidadosamente un buen vino. Es también la diferencia entre el zapping –que es un símbolo de nuestra cultura- y la contemplación de una buena película, que nos interesa y conmueve. La valoración de la serenidad, que es compatible con la intensidad de la experiencia, nos permite otro modo de disfrutar.

En tercer lugar, la cultura de la justicia, debe prolongarse con la cultura de la compasión y el cuidado, porque sin estos, la justicia puede ser muy dura e intransigente.

Hay, pues, muchas cosas que aprender unos de otros. Hasta aquí forman parte de una educación afectiva, que nos permite sintonizar más fácilmente con los valores éticos, en los que también podemos ponernos de acuerdo. Este es el acuerdo más urgente y necesario. Tenemos que afirmar en primer lugar, la dignidad de todos los seres humanos, con independencia de su religión y cultura, y ese valor ha de ser universal. Después debemos ponernos de acuerdo en la manera de proteger esta dignidad. En los derechos fundamentales y en las responsabilidades fundamentales.

La ética es la gran solución a los problemas más graves y urgentes de los seres humanos, a los que afectan a la felicidad personal y a la dignidad de la convivencia. Debemos entender la ética no como un repertorio de obligaciones y normas, sino como el conjunto de las mejores soluciones que ha descubierto la inteligencia humana para resolver esos problemas de la felicidad y la

dignidad. Todas las culturas se han enfrentado a los mismos problemas. Como dice Geertz, los problemas son universales, aunque las soluciones sean particulares. En efecto, los problemas universales que la ética tiene que resolver son:

- 1.- El valor de la vida
- 2.- La oposición entre intereses y deseos incompatibles
- 3.- Los bienes, su propiedad y su reparto.
- 4.- El poder: sumisión y libertad.
- 5.- El sexo, la familia y la procreación.
- 6.- La educación de los niños.
- 7.- El comportamiento con los débiles, los enfermos, las mujeres y los huérfanos.
- 8.- El trato a los extranjeros
- 9.- Los problemas de la muerte, el más allá y los dioses.

Pues bien, debemos convencernos de que unas soluciones son mejores que otras y estar dispuestos a aceptar y a explicar.

¿Será imposible este acuerdo? Tengo confianza en la inteligencia humana. La profesora de la Válgoma y yo hemos enunciado una Ley del progreso ético de la Humanidad, que dice:

Toda sociedad, cuando se libera de la miseria extrema, la ignorancia, el dogmatismo, el miedo y el odio al vecino, converge hacia un modelo idea que defiende la dignidad de todas las personas, los derechos individuales, la participación en el poder político, la seguridad jurídica, la solución razonada de los conflictos, la función social de la propiedad, y las políticas de solidaridad”.

Todos los valores culturales, religiosos, morales que favorezcan la realización de ese modelo, deben ser acogidos y protegidos. Por el contrario, los que mantengan los cinco grandes obstáculos, o nieguen algunos de los elementos del modelo, deben ser tajantemente rechazados.

5.- El papel de la escuela

La escuela tiene que colaborar al entendimiento entre culturas. No

olvidemos que ese era uno de los objetivos iniciales de la UNESCO: salvaguardar la paz mediante una educación global. La meta estaba clara, pero no así su forma de realizarla. ¿Es posible esa filosofía de la educación compartida? Jacques Maritain, un filósofo católico muy respetado, afrontó el problema en la Conferencia de la UNESCO de 1947.

“A primera vista –dijo– hay algo de paradójico en el objetivo de la UNESCO, puesto que implica un acuerdo intelectual entre hombres cuyas misiones del mundo, de la cultura y del conocimiento son diferentes e incluso opuestas. Debemos, en mi opinión, enfrentarnos cara a cara con esta paradoja que no es más que una expresión de la seria enfermedad que se da en el mundo intelectual de nuestro tiempo”. Es consciente de que hay dos soluciones (1) reafirmarse cada uno en su postura (2) llegar a un conformismo artificial que no contentaría a nadie. Propuso una tercera vía, muy prometedora:

Yo creo que la solución está en buscar otra vía. Precisamente porque la finalidad de la UNESCO es una finalidad práctica, el acuerdo de opiniones se puede encontrar espontáneamente no en un pensamiento especulativo común, sino en un pensamiento práctico común; no sobre la afirmación de una misma concepción de mundo, del hombre y del conocimiento, sino sobre la afirmación de un mismo conjunto de convicciones que dirijan la acción”.

La cuestión que debe responder Maritain es este punto es: ¿qué se entiende por pensamiento práctico común?, o, mejor dicho, ¿cuáles son las convicciones aceptables por todos sobre cómo dirigir la acción? Para responder a esta cuestión el autor se basa en la Declaración de Derechos del Hombre, a la cual la UNESCO contribuye y que en 1947 constituye uno de los objetivos mayores de las Naciones Unidas. Maritain se rinde a la evidencia de los hechos y concluye:

“Se trata de una ideología práctica fundamental y de los principios de acción fundamentales implícitamente reconocidos hoy. Constituyen grosso modo una especie de residuo común, una especie de ley común no escrita, un punto de convergencia práctica de las ideologías teóricas y de las tradiciones espirituales más diversas”.

En este mismo sentido, Maritain, en junio de 194 se había expresado así.

“Por el efecto del desarrollo histórico de la humanidad y de las crisis del

mundo moderno cada vez más generalizadas y en razón de su progreso, nos encontramos con que hoy los hombres han tomado conciencia de un cierto número de “verdades prácticas” relativas a la vida en común y sobre las cuales es posible un acuerdo. No será sin lugar a dudas fácil, pero será posible encontrar una formulación común de estas **conclusiones prácticas**. Por el contrario, será en vano buscar una justificación racional común de dichas conclusiones prácticas. En lo que concierne a una Declaración de este tipo, un acuerdo **práctico** es posible, un acuerdo **teórico** es imposible entre las mentes”. (Puede verse una interesante exposición de esta historia en el libro de Antonio Monclús y Carmen Sabán: *La escuela global*, FCE, México, 1997)

Esta “racionalidad práctica compartida”, esa inteligencia emergente que surge de la interacción de los seres humanos que racional y honestamente se enfrentan con los problemas, me parece el verdadero motor del progreso ético de la humanidad. Por esta razón, creo que el diálogo entre culturas es importante y necesario.

6.- La educación para la ciudadanía.

La escuela va a ser cada vez más multicultural, es decir, en un mismo espacio van a convivir mentalidades y religiones diferentes. ¿Debe mantener la escuela una actitud neutral, un mero respeto a todos los modos de pensar? Resulta muy bonito decirlo, pero ¿son todos los valores compatibles o tolerables? La convivencia entre culturas exige cada vez con más urgencia una educación en valores universales, básicos, transculturales. No se trata de una simple acumulación de creencias, parecida al eclecticismo romano, que introducían pelé-melé todos los dioses en un “panteón” universal, donde acababan muriéndose. Estas jornadas han puesto de relieve la importancia de encontrar una buena solución. De facilitarla, se tendría que ocupar la nueva asignatura de Educación para la ciudadanía, que trata precisamente de ellos – de cómo convivir justamente en un mundo conflictivo y plural- pero, a la vista de las malas interpretaciones y los ataques que está recibiendo, todo hace pensar que esta posibilidad educativa va a perderse.